



Se trata del texto leído en la presentación del libro *El sueño de la razón produce cine*, que reúne una serie de bien pensados ensayos de Arturo Serrano. Si el libro de Serrano nos habla de cine, del culto a algunos directores y sus películas, esta reflexión en voz alta nos invita a su lectura, no porque sus variados ensayos nos ayuden a entender algunos detalles cinematográficos, sino porque hace que se remuevan “nuestras más íntimas fibras espirituales” como nos dice la articulista.

■ LORENA ROJAS

El sueño de la razón produce cine

Nos reúne en esta ocasión la *presentación en sociedad*, como se hacía en la alta burguesía hasta no hace mucho tiempo, en este caso de un bello libro que tiene un título muy sugerente: *El sueño de la razón produce cine*. Contestándole a Goya, así, “y no sólo monstruos”. Este libro reúne un grupo de ensayos que Arturo Serrano ha compilado a través de los años, macerando sus reflexiones, al punto de entregarnos sus líneas y sus cavilaciones en el momento preciso. Este tipo de acontecimientos nos recuerda, al menos en nuestro difícil contexto, que los milagros sí existen, y que la temporalidad creada por Dios tiene más piedad con nosotros que el antiguo titán enloquecido devorador de hijos.

El hilo conductor de nuestro texto es la reflexión sobre el cine desde perspectivas muy diversas. En otras palabras, hace lo que *hace* el cine: nos mueve la psique hacia un viaje interior, hacia un propio narrarnos, que probablemente de otra manera no ocurriría. Lo curioso es que nuestro autor lo logra *escribiendo, narrando*, no mostrándonos imágenes, lo que inevitablemente me recuerda a Platón *escribiendo diálogos* y haciendo que nuestras más íntimas fibras espirituales se remuevan. Así lo hemos visto en el sentido texto leído por el profesor Di Giacomo, que nos ha contado de viejas andanzas cinematográficas de una ciudad que nacía y veía nacer con ella la fuerza de las imágenes proyectadas. Cualquier tipo de introspección es buena, cualquier mirarse es ganancia, cualquier *itinerarium* suele tener al menos un viso de divinidad. Esas son las gracias del cine. El espacio con el que contamos no es suficiente para referirme con justicia a cada uno de los ensayos aquí

presentados. Por esto, haré referencia a tres de ellos, como abreboca para el futuro lector. Dos, porque son el amor y la compañía constante que tenemos los filósofos en el corazón, en este caso en el de Arturo: Scorsese y Tarantino. Y un tercero, que tiene para quien les habla un valor especial: porque lo presentó hace algunos años en un coloquio donde participamos juntos, y porque hace una estupenda alusión a *The Matrix* y –nada menos que– al *Filipo* de Platón. No quiero decir con esto que lo que pueda esbozar ahora haga justicia a los ensayos, pero sí, al menos, podré referirme a algunos de sus aspectos que, a mi juicio, son muy atrayentes.

Lo primero que quiero resaltar, por la propia afinidad que siento por ello, es el tono íntimo y honesto de los escritos de Arturo Serrano. Es una cavilación la que nos encontramos, menos preocupada por los rigorismos académicos, a veces tan paralizantes, que por la verdad que la Musa le devela a través de sus reflexiones. Cuando en su ensayo sobre *Carmen la que contaba 16 años*, escribe que solo planteará preguntas y que en realidad no busca responderlas, nos escribe como el filósofo que es. Sus preguntas sobre las *Carmina*, su conexión intercultural, la posibilidad de leer a la belleza caribeña desde la universalidad de la *Carmen* de Merimée o Bizet nos deja en ese espacio complejo pero muy hermoso que Cavell ha descrito así: “mientras más íntimo, más universal”. Lo recordé mientras leía la universalidad del caribe y del mundo andaluz porque, como sabemos, desde los inicios mismos de la reflexión filosófica, *todo es uno*. Es cuestión de saber penetrar en lo real. Pero de Carmen, podemos irnos a *The Matrix*, y no pasa nada: el cine y



nuestro autor nos llevan de la mano con suavidad. Y ya en los dos epígrafes que son el telón del ensayo encontramos unos pasajes insustituibles, más aún: no hay mejor manera de comenzar el texto. Me voy a permitir parafrasearlos: Sócrates dice que muchas veces tenemos placeres que proceden no de opiniones correctas, sino de alguna mentira. A lo que Protarco contesta que es cierto. Pero que lo que de ninguna manera es falso es el placer en sí. Como si fuera poco, Serrano lo complementa con esa escena sorprendente de *The Matrix*, en la que Cypher prueba un delicioso y jugoso bistec, en plena conciencia de que la Matriz le está diciendo a su cerebro que esas son las características del bistec. Y después de nueve años, dice, “me he dado cuenta de que la ignorancia –de esas cosas– es una bendición”. Eso es tan fuerte, que estremecería a Parménides, a Buda o a Platón. Me recuerda una pregunta que siempre ha rondado mi mente: ¿por qué Edipo insistió, hasta el final, en saber la verdad, al precio que fuese? Es curioso que Cypher sea el antihéroe, quien, como bien dice Serrano, debe ser despojado de las cualidades negativas que se le atribuyen, precisamente porque quiere volver a la Matriz –algo así como *a la mentira*–. Es seguro que escogería lo que quizá muchos de nosotros: volver al disfrute del placer en la más profunda ignorancia, comprendida ahora como una bendición. Se me ocurre pensar, con supina osadía, qué escogería Edipo si pudiera vivir esa oportunidad. El autor cita lo que dice Cypher a Neo que está pensando, tras desenchufarlo de la Matriz: “¿por qué demonios no me tomé la pastilla azul?” Habrá que responder a Morpheus la pregunta inicial: “¿qué es lo real?”. Y esa

“

La película es un testimonio de lo peligrosos que son esos héroes que se sienten bajo una luz especial que les muestra el bien y el mal, que se creen portadores de la espada, del arma, que ha de limpiar todo lo que ante los ojos de ese autoproclamado héroe, se muestra como basura.

pregunta es tan aterradora como los inicios mismos de la filosofía. De fondo nos estamos preguntando por nuestro afán por conocer la verdad. Aunque sea, al decir de Nietzsche, *fea*. Pero el tono de intimidad que he señalado en las reflexiones de estos ensayos está magistralmente plasmado en, como él cariñosamente lo llama, *su tío Martin*. Me refiero, por supuesto, a Martin Scorsese.

El mismo autor se encarga en su ensayo de dejar en claro que para el director hacer películas es un asunto *personal*, que solo así se hace un cine *auténtico*. En realidad, solo así somos capaces de despojarnos de *la bata blanca* con la que pretendemos ver el mundo y su acontecer,

como si realmente pudiéramos distanciarnos tan desgarradoramente de él. El cine de Scorsese, nos deja ver Arturo sin mediaciones, debe rendirse ante el ojo y la emoción de la audiencia, por extraña que resulte esa experiencia. Y ahí hay un encuentro maravilloso con *lo otro*, ante lo que podemos ser capaces de rendirnos y de reconocernos, en el mejor de los casos. Descubrirnos, abrirnos alguna puerta interior que nos ponga en contacto con otra manera de narrarnos, de sabernos, de vernos en el otro. Cuando algo nos atrae, o nos rendimos ante ello como dice Scorsese, recuerdo el viejo pasaje platónico –que algunos han hecho teoría– del espejo: lo que veo maravillado en ti, soy yo mismo; lo que tú reconoces en mí, eres tú mismo. Sócrates y Platón nos enseñaron que la filosofía se hace desde uno mismo; que la sorpresa, chispazo filosófico, está en el alma, y desde allí abrimos el compás para narrar el mundo, hacerlo problema, sin abandonarnos.

En este sentido, destaco ahora en el trabajo de Arturo Serrano su tino al tratar el complejo problema de la redención en Scorsese. Nos deja con el sabor de seguir adelante en la reflexión, que nunca tiene fondo. En *Mean Streets* la gruesa pregunta por la ayuda al otro recorre sin piedad toda la disertación: como lo vemos referido en el ensayo, Charlie afirma: “no pagas los pecados en la iglesia, los pagas en la calle”. ¿Se ayuda al otro por compasión o por sentirnos bien nosotros mismos mientras creemos que nos redimimos? Nos hemos preguntado nosotros, con Kant, ¿hay tal cosa como el altruismo? Recuerdo textos budistas que han tenido muy claro que la compasión es el sentimiento que nos hará felices: te ayudo porque tú quieres ser

feliz y yo también; porque ninguno quiere sufrir. Y sabemos de la tragedia de Charlie: su amigo Johnny Boy no reconoce prácticamente nada de lo que ha hecho por él y, como dice nuestro autor: “Charlie no ha redimido a Johnny Boy, sino al contrario: Johnny Boy ha condenado a Charlie”. Asimismo hallamos el argumento en *Taxi Driver*, tan duramente planteado. Y según sostiene Serrano, ahora la redención no es a uno mismo a través del otro, sino que “el único propósito es redimir al otro”. En efecto, “Travis no quiere ayudar a Iris como penitencia, sino que se ve a sí mismo como un héroe moral, alguien que sabe lo que es bueno y lo que es malo y simplemente está tratando de que las cosas funcionen bajo ese esquema”. La película es un testimonio de lo peligrosos que son esos héroes que se sienten bajo una luz especial que les muestra el bien y el mal, que se creen portadores de la espada, del arma, que ha de *limpiar* todo lo que ante los ojos de ese autoproclamado héroe, se muestra como basura. Desde su taxi y su imposibilidad de socializar se sienta a juzgar a la ciudad de Nueva York que parece haber estado a la espera de su proeza.

Pero Iris es como Charlie: no quiere que la ayuden. Es más, como prostituta parece que está mejor. Y eso, pienso, nos plantea unas preguntas muy inquietantes: ¿cuándo y por qué debemos ayudar? ¿por qué tenemos que ayudar a la prostituta de 16 años o a un tipo como Charlie? ¿Por qué *si no se nos ha pedido ayuda*, tenemos que ayudar? ¿Será que somos tan arrogantes como Travis que creemos que poseemos un esquema de lo bueno y de lo malo por el que *todos* deben ser medidos? Es muy importante cuando Arturo se detiene en el hecho de que Travis, como no sabe socializar, y quiere la compañía de alguien, este alguien –Betsy– es quien tiene que entrar en *su* mundo y no al revés. Es una ceguera de vida, de alma, de valorar al otro en todo su horizonte; finalmente un pánico a lo desconocido –a la vida– que solo puede acompañar a un espíritu que *se sabe* hacedor y vidente de lo bueno. Bien lo dice el autor: “Ahora, Travis se ha convertido en un ángel exterminador. Aunque a nuestros ojos Travis parezca nada más que un loco asesino, él se ve a sí mismo como alguien que limpiará las calles, un instrumento de purificación”. También hallamos una referencia a Scorsese muy atinada, en la que sostiene que Travis tiene las mejores intenciones, quiere limpiar su vida, su mente y su alma; que Travis es muy espiritual, dice,



Pero la seria y compleja redención por la violencia, en sus diversas facetas, toma un cariz notablemente distinto, como nos lo deja ver Serrano con mucha naturalidad, en el cine de Tarantino. La violencia ya no es como la del periódico, la real, la posible: ahora entramos en el terreno de la hiperreal

pero nos recuerda que en cierto sentido Charles Manson también lo era, lo que no quiere decir que fuese bueno.

Y nos hemos encontrado en todas las situaciones con redenciones mediante la violencia. Tan duras como el caso de *Raging Bull*. Pero con el agravante, en este caso, de que se interpone entre el presunto redimido y la redención, el horror de la *hybris*. Por eso, Serrano nos deja con el amargo de una cita a Michael Bliss, en la que nos dice que Jake queda en un *limbo espiritual*, ni condenado ni salvado, en una desgraciada “posición de darse cuenta de esto pero sin la sensibilidad o la inteligencia de pasar hacia la iluminación”. Probablemente sea ésta la peor de todas las situaciones antes descritas, lo que más dramáticamente se nos narra. Estar en el limbo es peor que estar en las garras de la nada, que finalmente es no ser, que no existe, como decía el eléata. El limbo de no ser salvado ni condenado debe ser un devenir espiritual eterno –mezcla horrible de ser y no ser– que terminará vomitado por el célebre personaje aquel del Apocalipsis, por *tibio*. La *hybris* no solo enceguece, paraliza y también embrutece.

Pero la seria y compleja redención por la violencia, en sus diversas facetas, toma un cariz notablemente distinto, como nos lo deja ver Serrano con mucha naturalidad, en el cine de Tarantino. La violencia ya no es como la del periódico, la real, la posible: ahora entramos en el terreno de la *hiperreal*, como él la llama, y entramos en

un terreno estético de la violencia. Yo no podría explicarlo ni parafrasearlo con la familiaridad de nuestro autor: pero nos remite a las comiquitas y a su efecto desarticulante y asombroso ante lo temible de la violencia real. Entramos en los complejos e inteligentes espacios de una violencia que da risa y, así, desactiva lo atemorizante. Usa el mejor de los ejemplos posibles para que lo podamos comprender: en *Pulp Fiction*, la escena del personaje interpretado por Travolta quien habla con Marvin, en el asiento trasero. Lo va amenazando con una pistola: el conductor, interpretado por Samuel L. Jackson, cae en un hueco y el arma accidentalmente se dispara y lo mata. Arturo se detiene en lo que ha llamado la *accidentalidad de la violencia*, y la distingue del cálculo de la agresión mafiosa, de la muerte horrible que resulta de un plan con maldad y alevosía. Amén de que el personaje de Travolta, una vez escapado el tiro accidentalmente, no muestra el menor remordimiento por haber asesinado a un inocente, tan solo le preocupa limpiar el carro. La gran conclusión del autor es que si percibimos la violencia como irreal, o hiperreal, poco plausible, ocurrirá el milagro del disfrute de la violencia en el cine. Y es el cine el que hace estos milagros. Años atrás, probablemente esto haya sido difícil de sostener, al menos en estos términos. Finalmente, porque el tiempo apremia, ojalá hayamos hecho una pequeña invitación a leer el libro de Arturo Serrano, amigo entrañable y querido, de quien me enorgullece presentar su libro, y de quien sé que seguirá siendo portavoz del susurro de la Musa que faltaba, la del cine. Estos son trabajos de largo aliento, de largas cavilaciones, de sorpresas que vive el alma en el silencio de su pensar, son atrevimientos que salen a la luz pública cuando se tiene coraje, asistencia predilecta del olimpo y arrojo para conmovir otras almas. El mejor de los éxitos para este libro, que ya tiene vida propia.

LORENA ROJAS PARMA,
Dra. en Filosofía, investigadora
del Centro de Investigación y Formación
Humanística de la UCAB.

Nota: Texto leído en la presentación del libro de Arturo Serrano, *El sueño de la razón produce cine, el 14 de noviembre de 2011.*